

ley yo los pondré fuera del mundo. Lo que están es furiosos porque el pueblo me quiere. Y me quiere porque nunca les hablo de ciudades construidas con zafiros de la aurora «yo les vendo amuletos, perfumes, baratijas» y porque un día en que casi me tragan las arenas movedizas vieron cómo yo mismo me saqué del pelo» (pág. 173). Largas páginas sin alivio, de imaginación desbordada de buen cienaguero, salpicadas de humor costeño, de chistes, historias del Caribe, exageración ariana, asuntos de herejías, lugares comunes o interpretaciones fáciles de pasajes de la Biblia por parte del caudillo, o por Alejandro Amarales, pero podría ser él o cualquier otro, y la novela sigue siendo terriblemente poética pero el lector o la lectora se ahogan entre figuras y ya no se sabe quién habla, quién narra, quién cuenta y quizás esto no importe pero sí importa porque hay exceso y también lo hay a lo largo de toda la novela en el uso del paréntesis que es tan bonito porque es sutil; sin embargo, no hay duda, las frases están bien escritas, la puntuación es buena, Crespo es un conocedor del uso del lenguaje.

Los personajes femeninos son prácticamente inexistentes, a pesar de que existen, a pesar de sus nombres tan bellos: Clemencia Isaura, Irene Ortega, Cristina Torres, Laura Matilde Viana, Lilibiana de Armas, Lucía Mancini, Mari Tere Noguera, y se mencionan porque son «mujeres de mala vida» o porque ellas cuentan que alguien cuenta. *Largo ha sido este día* es una novela de nostalgia («sentía que la nostalgia no es sino un fuego que se va propagando a contraviento») o de melancolía («se daban plenilunios en que incluso el recuerdo de las horas felices destilaba una fragancia de melancolía» (pág. 144), donde mezcla la ficción y la realidad, la historia y el mito, el recuerdo de la vida cotidiana y la invención; son pequeñas anécdotas unidas, una tras otra, en boca de las gentes.

El narrador se empeña en el pasado, en su ilusión pasajera, quiere revivir «los tiempos en los que en Ciénaga se daban las uvas moscateles» (pág. 7) y las horas de la caída del sol, y los colores de las trinitarias y los olores

de la guanábana y del níspero y la sombra del hicaco para escuchar fantasías, la niñez. Quisiera domeñar el tiempo y ese es su dolor: «Éramos niños, sabíamos jugar» (pág. 244).

José Manuel Crespo (Ciénaga, 1942) es un escritor consagrado: veinte años de trabajo, cinco libros de poemas editados y ésta es su tercera novela publicada. *Largo ha sido este día* es el quinto premio en el concurso nacional de novela de Plaza y Janés. «Es la novela de un poeta», dice el jurado del concurso.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Petronio: entre la ilusión y la locura

El bulevar de los Héroes
Eduardo García Aguilar
Plaza y Janés, México, 1987

Eduardo García Aguilar nació en Manizales en 1953, estudió en Francia y en la actualidad vive en la ciudad de México. Su primera novela se llamó *Tierra de leones*. Tiene, así mismo, publicadas las prosas intitulas *Cuaderno de sueños* y *Palpar la zona prohibida*, lo mismo que el libro de poemas *Ciudades imaginarias*. En realidad estamos ante un joven y profuso escritor.

Su novela, la que aquí nos atañe, *El bulevar de los Héroes*, trata de un recuerdo a través de los más azarosos laberintos, desde la lejana provincia de Manizales, pasando por recodos de la selva o por anchos llanos o por caudalosos ríos, que no son obstáculo mayor para Petronio Rincón, utópico soñador del decenio del sesenta, quien pretende revolucionar una república de los Andes, pero quien es traicionado y cae en manos de las autoridades que lo destierran a París, metrópoli nostálgica



y escéptica. En su exilio involuntario conoce a una apasionada estudiante de sexología, una bella francesa de concepciones y conexiones anarquistas, embelesada con América Latina. Se trata de Adela Dampierre, quien es asesinada por el fascista Werner Gerhardt en confusos hechos. Gerhardt, tras la caída del tercer Reich se había escondido en la República de los Andes, de donde era oriundo nuestro héroe Petronio Rincón, pero al sentir los pasos de los cazadores de nazis se escabulló y fue a parar a París, disfrazado de terrorista. El azaroso dédalo de la memoria novelada está contado en intervalos de tiempo estructurado como presente, pasado, presente. La tendencia intrínseca de la narración se precipita cuando «el loco» Rincón venga la muerte de su enamorada Adela Dampierre. Posteriormente es recluido en el hospital de Saint-Louis, de donde la alucinación de la novela lo llevará al nihilismo del más allá, a la realidad inexistente de las utopías, ya sea en Libertilandia o en el bulevar de la Felicidad, donde viven los utópicos y los libertarios de todas las épocas. Es allí el bulevar de los Héroes. Este lugar de la conciencia o de la realidad no se halla en ninguna parte.

Toda novela es una forma particular de movimiento, pero el tiempo que deviene en Petronio Rincón es un tiempo natural, humano, pues nuestro tiempo es manejado por nuestra conciencia como una abstracción. Somos lo que no somos y somos lo que debemos ser. Somos una pluralidad móvil. Este movimiento real per-

cibido, representado e imaginado por medio de los recursos literarios, es aprehendido como un tono objetivo. Gran parte de la historia de la literatura deviene como un hecho autobiográfico, pero también hay otro tono al que llamamos subjetivo y fantástico, del cual puede eliminarse incluso cualquier atisbo de realidad, como sucede con el barroquismo que envuelve como un exótico velo la acción final que precede al encuentro de Petronio y su Beatriz (Adela) y la posterior fundación de Libertilandia por un loco al estilo de Howard Hughes, que venía en un trasatlántico de placer a través de la niebla del olvido.

Casi toda la novela es una obsesiva premonición inalcanzable, a no ser por la ilusión onírica y la locura qui-jotesca de Petronio Rincón de alcanzar el sueño de Bolívar. Es un homenaje a toda una generación de hombres que vieron frustradas las ilusiones de cambiar las estructuras de un país clerical, violento y conservador. Su novela es, pues, una parodia histórica, donde se recuerdan, bajo nombres trocados, personajes o lugares de nuestra historia. "Abrió el periódico y en primera plana aparecía el rostro desfigurado del padre Antón Botero, asesinado en las montañas pocos días después de que se había enrolado en las filas de un movimiento guerrillero". Es, por supuesto, una alusión a Camilo Torres Restrepo, pero también es una apología a una generación de jóvenes que no entendieron que somos contingentes. Que estamos por suceder en todas las direcciones que se contienen en nuestra circunstancia, dentro del acontecer que estamos sucediendo. Que, sin embargo, la circunstancia no nos pertenece, ni siquiera somos libres de que nos pertenezca, ni siquiera en el caso que nosotros mismos la hayamos creado. La circunstancia nos invade, se convierte en nuestro equívoco. "Pero hay que soñar y soñar más allá del sueño, no importa tanto el logro como la ambición, la realización como el intento".

Arriba había mencionado la tesis de que la novela es autobiográfica. Pues bien: estamos condenados a la historia, pero la realidad es tan histó-

rica, pero el escritor va más allá de la historia (su función deberá también revelar la vida interior), pero este más allá de la historia es hacia dentro, la esencia del conocimiento de sí mismo que acaba por ser la negación del autoconocimiento y la afirmación del siempre ahora de la conciencia humana. Es así como conoceremos el aspecto marcadamente histórico, autobiográfico en este caso, los recuerdos del padre, de la madre, de la provincia, de la alteración de la adolescencia. La vida personal es una apertura a la memoria de los hombres. Memoria total es lo mismo que lenguaje total.

Quizá no haya mencionado todo, quizá no haya dicho nada. Pero sólo me resta, para finalizar, referirme a dos hechos que se entrecruzan y surgen como una sola pregunta, pregunta que sólo podrá resolver la historia.

¿En Colombia la literatura no avanza por evolución sino por suplantación y demolición?

¿Cuál ha sido la evolución de la novela nacional después de García Márquez? ¿Estaremos atados a su hegemónica influencia o, por el contrario, los lazos ya se rompieron y podemos hablar de una nueva literatura nacional?



El bulevar de los Héroes es una novela con gusto por la cadencia barroca del idioma, por la anécdota del habitante de la colonización antioqueña, por el asombro de un provinciano ante la metrópoli. Es un monólogo descifrable a través no de la totalización de la expresión novelesca, ni tampoco con base en la

experimentación iconoclasta que propugna una vanguardia con aquel malabarismo de la palabra, de la imagen o de la metáfora. Esta es una historia verosímil pero con la imaginación barroca de un latinoamericano del *posboom*.

GERMÁN ALFONSO PÉREZ

El vituperio desoído

En Vos confío

Félix A. Posada

Ediciones Ecoe, Bogotá, 1987, 123 págs.

Colombia ha puesto su grano de arena para explayar el inventario de la infamia. El alto drama de la muerte o del dolor ajenos y la prosa vulgar de las estafas y la felonía han recibido aportes nacionales que hacen palidecer a otros pueblos. Pero se trata de un país modesto. Las alcaldías y las licoreras lanzan campañas sobre la substantividad de nuestra mansedumbre. Nadie se jacta de habernos inventado modalidades delictivas y violencias y de haberles buscado sobrenombres y un código legal que las contempla a todas, a prudente distancia. Sin embargo, no estaría por demás tener en mente estos hitos y señalar que hay tal vez un campo en el que somos timoratos: el del sacrilegio, siendo como es ésta la tierra del sicario y del escapulario.

Ante la abundancia de materia, parte de nuestra literatura apela a la hipérbole. La incontenible, estrepitosa historia aquí reaparece desbordada por un espléndido cortejo de recursos retóricos, saturada de circos, insectos y burdeles que vivifiquen la crónica de hechos que, de narrarse escuetamente, parecerían fantásticos.

Esto es así para quienes consideran que la literatura es un reflejo. También están los que siempre han luchado por que ésta sea la cosa misma. Por eso nuestros poetas columnistas, por